

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

XAVIER VILLAURRUTIA:
LA COMEDIA
DE LA ADMIRACIÓN



CENTZONTLE



VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

XAVIER VILLAURRUTIA:
LA COMEDIA
DE LA ADMIRACIÓN



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2006

Mendiola, Víctor Manuel

Xavier Villaurrutia: la comedia de la admiración / Víctor

Manuel Mendiola — México : FCE, 2006

132 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Centzontle)

ISBN 968-16-8024-3

1. Literatura Mexicana — Siglo XX I. Ser II. t.

LC PQ7297

Dewey M863 M365x

Distribución mundial

Comentarios y sugerencias:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

www.fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694



Empresa certificada ISO 9001:2000

Diseño de portada: Francisco Ibarra Meza

D. R. © 2006, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-8024-3

Impreso en México ♦ *Printed in Mexico*

Dueño de una particular destreza para el soneto, Víctor Manuel Mendiola es uno de los poetas mexicanos de notable resonancia contemporánea. Es, además, un editor minucioso y entusiasta que no ha cejado en sus empeños por difundir y explayar lo mejor de nuestra literatura reciente. Por lo mismo, Mendiola ha sido también un incansable promotor cultural con incansables empeños por estructurar congresos, coloquios y encuentros como espacios idealmente definidos para un mejor concierto de la literatura mexicana y sus correspondencias universales.

En estas páginas Víctor Manuel Mendiola nos entrega una larga reflexión, que es retrato de Xavier Villaurrutia y paisaje de los Contemporáneos. Con prosa serena —que no deja de revelar aquí y allá al poeta que la versa— Mendiola confirma sus dotes de ensayista: erudición sin rodeos innecesarios ni pedanterías, inquie-

tudes insaciables y un claro afán por ejercer la crítica literaria en la mejor de sus acepciones. El lector de estas páginas descubrirá que en torno a Villaurrutia y, por ende, los escritores de la generación de Contemporáneos existe un juego de imanes entre la atracción o repulsión, entre el azoro y la incomprensión, entre la distancia que exige leerlos y la intimidad que han establecido sus lecturas y trascendencias. Mendiola nos ofrece la perspectiva.



Es curioso observar cómo vivimos, psicológica y estéticamente, en un mundo de medidas contradictorias. A veces, las cosas que pensamos que están cada vez más cerca, son en realidad las que están cada vez más lejos.

Al hablar de este efecto, de este espejismo, Jorge Luis Borges —citando a Goethe— escribió: «Lo cercano se aleja».¹ En otro contexto, pero a final de cuentas refiriéndose al mismo tópico, Antonio Porchia dijo: «Todo es una comedia de distancias».²

La admiración y el olvido literarios están sometidos a los cambios de este juego de ilusiones y velocidades. Hoy los Contemporáneos, en especial Villaurrutia, son parte de esta comedia.

¹ Jorge Luis Borges, *Obra poética*, Emecé Editores, Argentina, 1998, p. 654.

² Manuel Ruano, *Cantos astrales, Poesía argentina (1940-1980)*. Antología, Monte Ávila Editores, Venezuela, 1993, p. 41.

En la historia más reciente de la literatura mexicana, si hablamos de los Contemporáneos, en general, y de Xavier Villaurrutia, en particular, tropezamos inevitablemente con un tema esencial: los clásicos de nuestra poesía.

Nadie en México parece dudar que ellos, los Contemporáneos, y en especial el autor de *Nostalgia de la muerte*, representan una cúspide. Después del reconocimiento realizado de manera silenciosa por Enrique González Martínez y de una forma abierta por Ermilo Abreu Gómez, Antonio Castro Leal, José Alvarado, Alí Chumacero, Ramón Xirau, José Luis Martínez, Enrique González Casanova y Octavio Paz, y por los propios Contemporáneos, es decir, por Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen, Jorge Cuesta, es unánime la opinión. Todos los aceptan y todos los admiran. Las nuevas generaciones de poetas, los que nacieron entre los cuarenta y los setenta o, lo que es más o menos lo mismo, los que comenzaron a publicar desde principios de los sesenta hasta finales de los noventa, los miran como pilares de nuestra literatura y no tienen ninguna duda acerca del sentido y del lugar que ocupan en la poesía mexicana. Recopilaciones, alguna biografía, ensayos o notas inician y desarrollan sus

reflexiones bajo el supuesto casi axiomático de que este grupo de escritores, famosos por lo menos en México, es una clave de la poesía del siglo xx en nuestra lengua y, definitivamente, en nuestro país.

De esta forma, muchísimos de los textos escritos sobre ellos son, mirados con cierta distancia, “poéticos” elogios reflexivos o apologías académicas que afirman el papel de su grandeza. Todos dan por un hecho que no hay necesidad de interrogar, cuestionar y repensar su importancia. Su valor es obvio y, por tanto, no necesita demostración. Sólo es necesario echar a andar las razones ya fundadas y la máquina de las admiraciones. En este caso de “consagración”, la tarea principal del crítico es afirmar y sumar, lo que implica un análisis limitado, pues no hay reservas ni negaciones.

Al hablar de las figuras más importantes de este grupo, los poetas o los críticos señalan una serie de características que se han vuelto lugares comunes. Por ejemplo, de Gorostiza destacan con frecuencia la poderosa imaginación metafísica que se resuelve en su mejor poema en una composición nihilista; de Pelli-cer, la expansión del color, el deslumbramiento solar ante el paisaje; de Novo, la intensidad amorosa, la valentía moral y el paso virtuoso y vertiginoso por las formas; de Owen —considerándolo original, pero más

secreto—, la inmersión en el sueño; de Torres Bodet, la aceptación a regañadientes de que posee algunos poemas memorables; de Cuesta, su innegable lucidez; y de Villaurrutia, la helada escritura insomne alrededor de la muerte.

Los Contemporáneos son clásicos. Pero, ¿lo son de verdad? ¿En qué estriba este carácter? ¿Qué es ser clásico?

Xavier Villaurrutia, al interrogarse sobre la dimensión de sor Juana Inés de la Cruz, se respondió a sí mismo de la siguiente manera: «...Yo preferiría contestar esta pregunta diciendo que Sor Juana es un trasunto nuestro, porque es un autor con el cual, con la cual, es posible aún convivir, vivir con ella, con su obra, que es un retrato fiel de ella...»³ Y en el párrafo siguiente afirma:

Sor Juana es en este sentido de la convivencia un autor vivo, clásico: clásico quiere decir vivo. Ésta es la forma en que yo prefiero definir al autor clásico. No marmóreo, estatuario y correcto, ya definitivamente en un nicho, sino un autor que puede circular en torno nuestro, con el cual podemos acompasar nuestra respiración...⁴

³ Xavier Villaurrutia, *Obras de Xavier Villaurrutia*, FCE, México, 1974, p. 773.

⁴ *Idem*.

Si reorientamos hacia los Contemporáneos y hacia Villaurrutia la fórmula utilizada por el propio Villaurrutia para esclarecer la novedad de sor Juana y si tratamos de iluminar su carácter original y el de sus compañeros, podríamos preguntarnos: ¿los Contemporáneos están vivos? ¿Xavier Villaurrutia *respira con nosotros*?

La respuesta inmediata parece que no puede ser otra que decir: sí, los Contemporáneos están vivos; Xavier Villaurrutia está aquí con nosotros, porque simple y llanamente se les admira y porque, cuando se habla de ellos en conversaciones o en diversas formas de textos, aparecen como un ejemplo. Pero, ¿realmente las nuevas generaciones de escritores han seguido su ejemplo? Cuando leemos la nueva poesía ¿encontramos su rastro, las señales de su influencia?

Al formularnos esta pregunta, nos damos cuenta de que la clase de admiración de que son objeto es una admiración dudosa. Las nuevas generaciones de poetas los reconocen para venerarlos, no para desentrañar su misterio; los leen para confirmar un veredicto, no para formarse una opinión propia; los estudian para ratificar una crítica prestigiosa, no para hacerse una autocrítica y alimentarse de ellos. Se habla de los Contemporáneos porque son, precisamente, lo que Villaurrutia no quería que fueran los

poetas clásicos: «marmóreos, estatuarios y correctos». La crítica que se hace en general de ellos es una *no* crítica, porque carece de reservas, porque la originalidad específica de su escritura ha dejado de estar presente o viva en la escritura de la nueva poesía y porque no se entiende de un modo cabal cómo funciona. Sólo se cuenta lo que el paso del tiempo ha inventado de ellos, sólo atendemos la leyenda que los sigue, sólo es aceptable la opinión que los ha consagrado, transformándolos, en una verdad que ahora todos conocen y que probablemente hubiese irritado a los Contemporáneos.

En el intento de esclarecer el valor de estos poetas podríamos retomar lo que Villaurrutia apuntaba de la aceptación y éxito nacionales de la poesía de Ramón López Velarde, cuando aquél decía de éste: «...es más admirado que leído y más leído que estudiado. Una admiración sin reservas, una lectura superficial y un contagio inmediato con los temas menos profundos de su obra bastaron para llevarlo directamente a la gloria...»⁵ Los Contemporáneos y, entre ellos, Xavier Villaurrutia son víctimas de lo que éste denominó una forma de injusticia: la *admiración gratuita y ciega*,⁶ un reconocimiento que no se acompasa del ritmo y el

⁵ *Ibid.*, p. 644.

⁶ *Idem.*

aliento de su poesía. Los Contemporáneos están vivos, Villaurrutia está vivo, pero más bien deberíamos decir que entre las nuevas generaciones de poetas son muertos vivos, pasmados Lázaros incómodos, zombis. Aunque ellos caminan entre nosotros, su mundo espiritual, su forma de hacer poesía no está aquí, está allá enterrada como un peso muerto.

3

¿Qué es lo que no ve esta admiración gratuita y ciega, que actúa contra los Contemporáneos y, de manera especial, contra Villaurrutia? Antes de contestar a esta pregunta veamos lo que sí vieron algunas de las lecturas que sirvieron para convertir al poeta de *Nostalgia de la muerte* en una leyenda.

Jorge Cuesta, en «Reflejos de Xavier Villaurrutia»,⁷ publicada en *Ulises* en mayo de 1927, hizo una caracterización compleja, tanto en lo psicológico como en lo literario. En esa nota escribió:

Pocos tan exigentes como Villaurrutia. Crítico lo hace su severidad, si no lo hace severo su crítica. Nadie como

⁷ Jorge Cuesta, *Poemas y ensayos*, UNAM, México, 1978, p. 29.